El Templete de Peñaranda de Bracamonte y su Autor

María Sánchez Pérez
Profesora de la Universidad de Salamanca

En estas Ferias y Fiestas de 2012 se cumplirán 25 años de la construcción del templete de Peñaranda de Bracamonte. Quizá algunos conciudadanos recuerden la fecha, pero lo más probable es que no sea así. Los más mayores puede que al leer estas palabras evoquen aquellos momentos, pero los más jóvenes han crecido ya con ese templete situado en la Plaza de España. Hay que recordar que, como recogió la prensa del momento (La Gaceta, 16/08/1987), el templete era un símbolo para Peñaranda, ya que sus ciudadanos, durante años, estuvieron acostumbrados a otros que habían estado situados anteriormente en la plaza.

En buena medida, el consistorio de la ciudad quiso recuperar el monumento para albergar los actos de la Banda Municipal de Música y esa, junto con otras, han sido las funciones que ha ido acogiendo el templete, algunas tan sencillas como servir de entretenimiento para los más pequeños. Con todo, lo cierto es que con el paso del tiempo se ha convertido en una estructura arquitectónica habitual en el panorama urbano de Peñaranda e incluso, en algunas ocasiones, ha servido como icono e imagen representativa de la ciudad.

Pasados estos 25 años del inicio de las obras del templete que hoy preside la Plaza de España, algunos tampoco recordarán quién fue su creador. Julián Pérez Núñez había llegado a Peñaranda de Bracamonte siendo un niño, cuando a su padre, después de realizar unos trabajos de forja para la Caja de Ahorros de Vitoria, le habían pedido que arreglara toda la cerrajería de la Viguesa. El padre de Julián, Quintín Esteban Pérez, se instaló en Peñaranda con toda su familia: su mujer, Lucía, y sus dos hijos, Carlos y Julián. Este, el más pequeño, es el que heredaría de su padre el amor y la pasión por el trabajo en la fragua. La familia, procedente de Madrid, después de muchos viajes, decidió asentarse definitivamente en Peñaranda. Años después, Julián conoció a la que sería su esposa, Hipólita García Ramos, con la que tuvo tres hijos: Carlos, María y Manuel.

Julián había comenzado a trabajar a los trece años en la fragua con su padre, pero después se instaló en un pequeño taller de la calle San José, junto al Convento de las Carmelitas, muy cerca del domicilio conyugal. Muy pronto, Julián, como lo fue su padre, se convirtió en un auténtico maestro forjador. Durante décadas realizó numerosas obras de forja no solo para los ciudadanos de Peñaranda, sino para otras muchas poblaciones de la comarca. Durante todo el año, incluso en los meses más calurosos, se le podía encontrar trabajando en su taller, con la fragua encendida, superando los 40º C, trabajando el hierro a base de calentarlo e irle dando forma a fuerza de martillo. Así es como Julián Pérez Núñez forjó figuras, candelabros, maceteros, baúles, utensilios y accesorios para chimeneas, lámparas, percheros, banquetas, sillas, mesas, cabeceras, ventanas, puertas, farolas, balaustradas y un largo etcétera. Quienes todavía hoy conocen su patrimonio saben de la belleza y calidad artística de sus trabajos.

Dos de los momentos que él recordaría siempre con mayor alegría y, a la vez, con nostalgia, orgullo y satisfacción fueron cuando fabricó las llaves de la ciudad que se le entregarían a don Enrique Tierno Galván –nombrado hijo adoptivo de la villa– y, especialmente, cuando el Ayuntamiento de Peñaranda le adjudicó la construcción del nuevo templete –después de ser sometido a concurso– para la Plaza de España.

Antes de comenzar la realización de cualquiera de esas obras que he enumerado anteriormente, Julián diseñaba a lápiz su estructura, nunca un solo dibujo o dos, sino varias láminas con trazos, bocetos, ideas, para construir sus trabajos. Como no podía ser de otra manera, lo mismo ocurrió con el diseño del templete. Para quienes no lo sepan, cabe señalar que, cuando alguien solicitaba un trabajo a Julián, este le presentaba diferentes posibilidades para que eligiese qué proyecto prefería. En el caso del templete no fue así y la tarea no resultó

fácil, porque Julián debía llevar a concurso la obra que él mismo eligiera, la que considerara mejor, la más funcional y, al mismo tiempo, la más atractiva. Preguntó y pidió consejo a su familia, quienes intentaron, fundamentalmente, apoyarle, porque con la intuición, los conocimientos y la experiencia que Julián poseía resultaba complicado. Como él mismo recordaría en entrevistas posteriores fue su hijo Manuel quien le recomendó que resultaría innovador construir la planta en forma octogonal y no hexagonal –como suele ser habitual en el resto de templetes de otras localidades–. Tras varios diseños realizados a ordenador, mediante un programa informático que su propio hijo Manuel ideó y creó para la ocasión –recordemos que a finales de la década de los 80 las nuevas tecnologías se encontraban en un período incipiente en España–, el boceto elegido finalmente por Julián Pérez Núñez fue el que ganó el concurso.

Las tareas de realización del templete comenzaron nada más saberse el veredicto del jurado. Meses y meses de trabajo para construir toda la estructura y la forja que lo engalana: los balaustres que conforman la barandilla, la escalera –con los pasamanos, los remates y las gualderas–, una lámpara de varios brazos que, actualmente, ya no puede contemplarse, etc. El propio montaje de todo el templete llevó también su tiempo: primero, se construyó la base inferior en

cantería, posteriormente se fueron colocando las columnas que sujetan el techo de rotonda, después la balaustrada, la escalera... Durante aquel tiempo, mucho se habló del tema y algunos peñarandinos dudaban de la eficacia final de aquellas tareas –"que si el techo está muy bajo", "si esto va a quedar así será muy feo", "cómo van a dejarlo de esta forma"...–, pero Julián seguía trabajando duro, minuciosa y escrupulosamente, dejando de lado aquellas murmuraciones y juicios de valor que, quiero suponer, se debían a la impaciencia por ver el trabajo terminado. El propio Julián señaló: "me he esforzado porque el templete quede lo mejor posible [...]. Lo que me gustaría es que el juicio se emitiera cuando esté concluida la obra, aunque en mi ánimo los comentarios no han influido" (El Adelanto, 16/08/1987).

Como suele ser habitual con casi todas las obras artísticas –ya sea un cuadro, un libro, un edificio, etc.–, el fundador suele colocar su nombre en algún lugar o placa para que quede testimonio y constancia de su creación. En el caso del templete, nada recuerda este hecho, en parte porque Julián se sentía –como él siempre insistía en señalar– totalmente peñarandino y, por este motivo, él pensaba en un templete para que lo disfrutaran todos los conciudadanos de Peñaranda, una obra dedicada íntegramente a su pueblo. Pero, en mayor medida, esa placa no existe por la extraordinaria humildad que caracterizaba a Julián.

En estas Ferias y Fiestas de 2012 no solo se cumplen 25 años de la construcción del templete, sino 5 años también del fallecimiento de su creador –el jueves de ferias de 2007–. Veinte años antes, en 1987, en una entrevista que Julián había concedido para un periódico local, J. Andrés López elogiaba su tesón, paciencia, detallismo y perfección para crear el templete, asegurando que su nombre sería recordado (El Adelanto, 16/08/1987). Lo cierto es que el oficio de maestro forjador es una profesión que, en nuestros días, está prácticamente en extinción, debido a que hay que dar forma al hierro de manera artesanal –a diferencia de las producciones industriales y en serie–, de ahí que resulte un trabajo muy duro, difícil, laborioso y, al mismo tiempo, meticuloso y realizado con auténtico rigor, imprimiéndole un sello personal, elaborado con el suficiente detallismo y la necesaria perfección para construir verdaderas obras de arte.

A través de estas líneas he querido dejar constancia de estos hechos para homenajear a la figura de Julián, de mi abuelo, quien nos enseñó –a los que tuvimos la suerte de convivir con él–, entre otros muchos principios y valores, el esfuerzo y el amor por el trabajo bien hecho.